

Un largo y tortuoso camino (desde Bolonia)

ÁNGEL FERRÁNDEZ IZQUIERDO

En la cumbre de Lisboa de marzo de 2000, los jefes de gobierno apostaron fuertemente para que la Unión Europea (UE) se convirtiera en "la economía basada en el conocimiento más competitiva y dinámica del mundo, capaz de crecer económicamente de manera sostenible con más y mejores empleos y con mayor cohesión social". Tal como están las cosas, es urgente situar a la UE en las mejores condiciones de competir con EEUU, Japón, Canadá, Corea, China e India.

El nacimiento y el crecimiento de la economía y de la sociedad del conocimiento dependen de la combinación de cuatro elementos interdependientes: la producción de nuevos conocimientos; su transmisión a través de la educación y la formación; su divulgación; y su empleo a través de nuevos procedimientos industriales o servicios. Así pues, las universidades europeas son los auténticos protagonistas de este nuevo proceso.

La sociedad europea está impaciente por saber si sus universidades -menos atractivas hoy que las de los Estados Unidos- están preparadas para competir con las mejores del mundo, para garantizar un nivel de excelencia duradero y si son capaces de salir airoso del reto que se les viene encima. Y, por supuesto, cuánto costará todo eso, máxime en los tiempos actuales, donde la enseñanza superior no está de moda y las carreras científicas y tecnológicas se encuentran en franco retroceso. La versión española de semejante panorama añade nuestra particular idiosincrasia: nadie habla bien de su universidad, pero todo alcalde quiere tener una en su pueblo.

Si todo eso se mete en una coctelera, se agita y se coloca en lo alto de un plano inclinado, tendrá una imagen de cómo se inició el camino de Bolonia o proceso de convergencia y armonización de las universidades europeas. Se dejó caer y lleva ocho años rodando contra un caos de muy incierto final, mientras que nuestros reales competidores vigilan el proceso sin ocultar una maliciosa sonrisa de satisfacción por el tiempo perdido.

Ahora bien, si las universidades europeas de Cambridge, Imperial College, Oxford, Zurich, París VI y XI, Utrecht, Copenhage, Manchester, Munich -entre otras- figuran entre las mejores del mundo, propongo como sugerencia *que todas las demás imiten el funcionamiento de éstas*. Como la respuesta ya la conozco, me surge una ingenua pregunta *¿tendrá alguna influencia en aquellas el proceso de Bolonia?* La respuesta, afortunadamente, también la conozco.

Formamos parte de la UE y deberíamos tener confianza en un futuro común, pero para eso es imprescindible curar varias enfermedades graves del sistema universitario español, tres de ellas cancerígenas: burocratización, politización y casi nulo apoyo a la investigación. Tales males son de sobra conocidos, pero hay que sacarlos de nuevo a la luz para que se vea con claridad que Bolonia será papel mojado con semejantes ataduras. ¿Vendrán los expertos de la UE en nuestro auxilio? Rotundamente no, pues ya se encargarán nuestros politiquillos de acusarles de injerencia.

Por burocratización entiendo -a la vez que denuncio- el calvario que padecemos para homologar títulos extranjeros; para cumplimentar toneladas de papeles para pedir proyectos; para reescribir los currícula de nuestros colegas extranjeros en el "formato oficial español" (acción que debería ser denunciada ante las más altas instancias de la UE); para justificar el dinero de los proyectos. En definitiva, por la pertinaz falta de confianza en quienes llevan el logo de su universidad a las más altas cimas.

Por politización me refiero a unos rectores cautivos de unos votos, donde unos programas electorales llenos de promesas y cambios, pronto se difuminan pensando en la reelección y dejando en el olvido las posibles buenas intenciones con tal de no molestar a los mediocres.

Mucho habría que decir en cuanto al escaso apoyo a la investigación, pero es suficiente recordar que de las universidades emana el 70% de la producción científica española, a pesar de la falta de reconocimiento social de sus agentes. Los rectores conocen el dato, pero temen jactarse de ello para no herir susceptibilidades entre los sectores más reaccionarios del gremio.

Un sencillo juego pone de manifiesto que los tres males conviven en perfecta armonía. Problema: un premio Nobel está interesado en incorporarse a una universidad española. ¿Cómo se contrataría? Solución: imposible (excuso dar detalles, debido al sonrojo que la publicación de los mismos ocasionaría en cualquier país medianamente desarrollado).

En definitiva, si a las Leyes de Reforma Universitaria (LRU), Orgánica de Universidades (LOU) y Orgánica de Modificación de la LOU (LOMLOU) añadimos todo el complejo burocrático que supone la adaptación al proceso de Bolonia (nuevos grados, postgrados, doctorados, sistemas de créditos, etc.), ya me dirán de qué tiempo disponemos para dedicarnos a otras cosas menos estúpidas que las demandas de Bolonia. Y, créanme, a pesar de todo eso, algunos sobrevivimos e, incluso, hacemos investigación de calidad internacional, mientras nuestros dirigentes ni ven, ni oyen, ni hablan.

Ángel Ferrández Izquierdo es catedrático
de la Universidad de Murcia